

n.º 3922

CNT

LA EMANCIPACION DE LOS TRABAJADORES HA DE SER OBRA DE LOS TRABAJADORES MISMOS

ORGANO DE LA CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO

Epoca XV - Núm. 11

Julio de 1963



MOTIVOS DE ESPERANZA

Desengañados de ilusiones que fueron un día, sobre todo al finalizar la guerra mundial, más o menos fundadas, ha parecido a veces justificado

que se invocara el fin de toda esperanza. Desde la declaración de Postdam hasta la admisión del gobierno de Franco en las Naciones Unidas —sucesos en que la hipocresía de los rusos fué de par con la de los norteamericanos—, la causa del pueblo español sufrió, en efecto, sucesivos reveses. Y, sin embargo, la esperanza pervive y se siente cada día animada por nuevos motivos.

19 DE JULIO

Mientras los elementos oficiales, enchufados y comedores de la situación celebran pomposamente el aniversario del Alzamiento (18 de julio), día funesto que recuerda la puñalada trapera asendada al régimen republicano por los militares que le habían prometido fidelidad, nosotros, trabajadores confederales y anarchoindustrialistas, que no participamos en la administración republicana y que, al contrario, fuimos por ella objeto de repetidas persecuciones, debemos celebrar la fecha siguiente, la del 19, jornada de réplica de los obreros y del pueblo sano, que inermes, o poco menos, lograron reducir en varias provincias a los soldados felones y prepararon luego —aun en medio del combate— la construcción de un mundo mejor.

Este recuerdo, mejor que el otro, es preciso comunicárselo a las nuevas generaciones, de modo que se interesen más por la defensa de sus derechos y por la dignificación de su suerte. Hagamos, pues, que los jóvenes de hoy, alejados en general de las preocupaciones de sus mayores, conozcan el significado ejemplar de esa jornada que conmovió al mundo entero y que, a pesar de los sucesos más recientes —que han transformado hasta la geografía política internacional— permanece en la memoria de los trabajadores y hombres de avanzada de todos los países.

Cierto es que el régimen ha ganado estos años, aquí y allá, complicidades y auxilios de distinto carácter, pero nadie puede ocultar que encuentra, en general, la misma repugnancia de siempre. Basta fijarse en el eco extraordinario que alcanza todavía en el mundo cuanto afecta a la lucha de nuestro pueblo, ya se trate de huelgas o acciones de protesta, ya de persecuciones. La razón, pues, del desencanto no reside sino en haber puesto mayor confianza en la hipotética ayuda de poderes exteriores que en la modesta y tenaz labor propia; y así como no cabe ya duda de que el entusiasmo desmedido que se fomentaba en torno a tal o cual conciliábulo internacional era, a más de inconveniente, absurdo, tampoco se puede dudar de que la acción de base popular, desde la reivindicación laboral hasta el planteamiento y la protesta pública en cualquiera de sus formas, es lo verdaderamente rentable.

Añadamos, en fin, sin asomo de demagogia, serenamente, fundados en la experiencia misma de todos los movimientos resistentes de los últimos años —tanto en la guerra mundial como en la lucha anticolonialista—, que el único modo de decidir realmente a los poderes exteriores a abandonar al tirano a su suerte, consiste en la afirmación de una presencia clandestina, resuelta, coordinada y constante.

EL TIMO ELECTORAL DE LA O. S.

Las últimas elecciones de enlaces sindicales han sido preparadas con todo lujo de detalles: se ha movilizado la jerarquía, con Solís en cabeza, y hasta el más oscuro de los funcionarios provincianos de la O. S. anduvo en danza para convencer a los pro-

AYER

En la vida peninsular de los albores del siglo, recién perdidos los últimos dominios ultramarinos de la Corona y al mismo tiempo que se iba desarrollando la industrialización—localizada en las regiones periféricas y en su mayor parte regida por empresas extranjeras—, tomó cuerpo en la sociedad hispana un elemento vital y preñado de promesas: el sindicalismo revolucionario.

Esa nueva expresión de la acción obrera, impulsada por el anarquismo, hubo de concretarse, en 1910, en una organización dinámica y pujante que tomó el nombre de Confederación Nacional del Trabajo (C. N. T.). Esta, rápidamente popularizada por la audacia de sus militantes, promovió la lucha reivindicativa en todas las regiones e impuso el respeto de la condición obrera. Su característica acción directa desbordó, por otra parte, la lucha meramente reivindicativa y sacudió los cimientos del mismo régimen monárquico. Disuelta distintas veces, y especialmente en los años de dictadura, participó en todas las rebeliones y hasta en los años de república fue ejemplo de consecuencia revolucionaria. Llegado el Alzamiento, su vigilancia y su tesón contribuyeron esencialmente a aplastar a las fuerzas facciosas en media España.

Después, lo que significó después la C.N.T. no es fácil resumirlo y, sin embargo, hay que hacerlo. La C. N. T. fue, pues, dignidad y ejemplaridad militante, fue arrojo inabarcable en el combate, fue lealtad y generosidad con todos sus aliados, inclusive hacia algunos que no lo merecían; fue, en suma, la más alta expresión del sacrificio en aras de una causa.

ductores de la necesidad de su participación en la empresa electorera. La comedia llegó al extremo de celebrar coloquios y comilonas en organismos sin relación alguna con la vida laboral, e incluso conferencias de prensa destinadas a la propaganda exterior. Es más: hasta la ocasión del entierro de un obrero de Sagunto, víctima de accidente de trabajo, le vino de perlas al ministro secretario general del Movimiento para hacer el artículo de la camaradería verticalosindical.

Pues bien, llegada la hora del voto, la jerarquía ha podido darse cuenta de que toda su propaganda no ha servido para nada: los productores han acudido a las mesas de elección en menor cantidad que se esperaba, y aun sin entusiasmo alguno, ya como obedeciendo a mera rutina, ya por sentirse coaccionados en el plano del trabajo. Eso explica la tardanza en la publicación de los resultados, las generalidades, tergiversaciones y burdas falsedades comunicadas por la prensa.

Así, los periódicos han repetido que la consulta ha sido «normal», asegurando, como en el paraíso comunista, que el porcentaje de votantes «se aproxima al ciento». La palma de la información se la lleva el diario «Levante», de Valencia, donde ha podido leerse: «Se registra una votación del 100 por 100 del censo, y en algunas provincias baja algo hasta el 90.» La verdad es que, aparte los centros administrativos y la banca, el abstencionismo ha sido del orden del 40 por ciento en la periferia industrial barcelonesa, un poco más elevado en Asturias, llegando al 85 por ciento en Vizcaya y Guipúzcoa.

Buena, buena lección.

Nuestra mano de obra barata reemplaza ahora a la italiana y la polaca en el occidente europeo. En Francia, por ejemplo, de 80.000 licencias de trabajo aceptadas durante un solo trimestre del pasado año, 50.000 eran presentadas por obreros españoles. La evolución del empleo de mano de obra española en este país—según informa el Boletín del Centro de Estudios Sociales y Económicos de París— registra, con respecto a la mano de obra extranjera en general, los porcentajes siguientes: 33 en 1959, 44 en 1960, 50 en 1961 y 58 en 1962.

LA ALIANZA SINDICAL EN MARCHA

Innegablemente, uno de los motivos—podría decirse el principal— que contribuyó a debilitar la oposición antifascista durante los pasados años ha sido el de la falta de unidad o, por lo menos, de coordinación entre las distintas fuerzas antitotalitarias. Ese fenómeno, sobre el que todos expresamos lamentaciones y ninguno queremos endosar la culpa, parece hoy, por fortuna, llamado a ser superado, pues al menos en su aspecto esencial, que es el de las organizaciones obreras, se ha dado ya el ejemplo constituyendo la Alianza Sindical.

Este organismo tiene antecedentes cuya evocación nos parece harto grata, pues sin ahondar en el pasado de las viejas centrales hispanas: Unión General de Trabajadores y Confederación Nacional del Trabajo—que ya el año 1917 mostraron la eficacia de la unidad de acción en el planteamiento de la primera gran huelga general de carácter nacional—, está aún cercano el eco del octubre asturiano de 1934 bajo el signo glorioso de la Unión de Hermanos Proletarios (U. H. P.), que, pese a su localización, hizo tambalearse a la sociedad burguesa. La Alianza tuvo también vigencia en una fase de la guerra, y si no representó papel más importante fue debido al zancadilleo político y el oportunismo de un sector, precisamente de obediencia extranjera.

Hoy la Alianza renace vigorosamente en distintas regiones, especialmente en

NUEVOS CONFLICTOS SOCIALES

El malestar reinante entre la población minera no se reduce a la provincia de Oviedo, sino que se extiende a todas las explotaciones. El régimen había pensado ir evitando conflictos mediante promesas y halagos, pero la táctica está ya harto descreditada. Así, pues, casi de manera simultánea, la agitación ha ganado a dos zonas mineras bastante alejadas una de otra, como es la de Puertollano, en la provincia de Ciudad Real, y Fabero, en el norte de León.

En Puertollano, el conflicto ha tomado la forma de paro escalonado, provocando en pocos días una disminución de producción aproximadamente de la mitad de la normal. En Fabero, la huelga afecta a unos 1.500 obreros, que van parando por secciones, reduciendo, en general, la producción de un 25 por ciento.

Asturias, Centro, Cataluña y Euzkadi. Como es natural, en cada región tiene el movimiento aliancista características particulares, y, por ejemplo, en el País Vasco además de las centrales nacionales tradicionales, forma parte del mismo la Solidaridad de Trabajadores Vascos (S. T. V.), cuya actuación—igual que la de algunos grupos sindicalistas cristianos catalanes— influye de modo eficiente en el desarrollo general de la agitación obrera.

¡Adelante, pues, compañeros!

HOY

Prolongado el régimen de oprobio que logró instalarse en España con el concurso masivo de los poderes nazifascistas, y gracias a la estupidez, la cobardía o la descarada complicidad democrática—que de todo hubo—, la menor posibilidad de actividad pública permanece rigurosamente prohibida.

A pesar, pues, de todas sus promesas de «liberalización», el franquismo sigue—y se comprende—sin ceder un ápice en cuanto respecta a los derechos esenciales de la persona humana: libertad de asociación, de reunión, de prensa. Condenados, en consecuencia, a la clandestinidad, los viejos sindicatos—que son los verdaderos órganos de defensa de la clase obrera, y no los aparatos burocráticos verticalofalangistas— se reorganizan una vez más y despliegan sus fuerzas en toda la anchura peninsular para poder hacer frente a la nueva situación y preparar las luchas venideras.

A la cabeza de esas fuerzas se encuentran, como es natural, las de la Confederación o de la C. N. T., siglas simbólicas que las nuevas promociones obreras, sin experiencia alguna en materia social, apenas saben cuánto arrojo y generosidad representan. Insistimos en esto no sólo con referencia al período prefranquista, sino por el esfuerzo desplegado—y generalmente ignorado o deformado— en el período que arranca de la misma guerra, en el que las sucesivas caídas de comités responsables, los encarcelamientos y asesinatos de compañeros no han logrado disminuir en absoluto sus afanes de liberación.

ALLENDE LAS FRONTERAS

Se está representando en Francia una película documental sobre nuestra guerra civil, titulada «Mourir á Madrid». Las autoridades españolas ejercieron toda suerte de presiones para obtener la prohibición de la película, y han fracasado. A modo de consolución, el productor accedió a suprimir dos o tres secuencias, y las autoridades, para evitar complicaciones, se han opuesto a la proyección en las localidades fronterizas. La película — que desde el punto de vista histórico deja mucho que desear — constituye un gran éxito comercial.

—o—

La prensa del régimen ha destacado la generosidad del fallecido José Félix de Lequerica. Faltaba, sin embargo, éri la enumeración de sus actividades un detalle que oportunamente mencionan algunos periódicos de Francia y que, en verdad, hace poner entre comillas esa calidad: Lequerica, siendo embajador en Francia, estuvo complicado en la captura de varios refugiados, algunos de los cuales, conducidos a España, como Companys, Peiró, Zugazagoitia y Cruz Salido, fueron fusilados.

—o—

En el festival cinematográfico de Sestri-Levante ha obtenido el primer premio la película mejicana «En el balcón vacío», de J. M. García Ascot, refugiado español residente en Méjico. Dedicada a los compatriotas exilados, la película tiene como tema la guerra civil y abarca aspectos de la emigración en Francia y Méjico.

—o—

A propósito de la elección del nuevo pontífice, numerosos periódicos extranjeros han recordado el incidente ocurrido hace unos meses entre éste y Franco con motivo de la condena a muerte del joven libertario Jorge Conill. El «generalísimo», que entonces vino a decir al cardenal Montini que no se metiera en lo que no le importaba, ha hecho ahora el sacristán humillándose apresuradamente para felicitar al papa Paulo VI.

—o—

Un grupo de intelectuales y escritores franceses de tendencias diversas ha publicado un llamamiento pidiendo se posibilite a los amigos del poeta Moreno Barranco y a sus abogados la apertura de una información para aclarar las causas de su muerte.

En distintos aeródromos extranjeros (Ginebra, Francfort, Londres...) se han producido explosiones de artefactos, destinados, más que a provocar catástrofes, a intimidar a los turistas que se dirigen a España o Portugal y advertirles que estos países —gratos y baratos para el veraneante extranjero— viven bajo dictaduras brutales y en condiciones económicas apenas comprensibles hoy en el mundo civilizado.

LA MUERTE DE MORENO BARRANCO

Los periódicos, y en particular el diario «Madrid», se han ocupado últimamente de la muerte de Manuel Moreno Barranco, tratando de justificarla como suicidio, cuando todo, al contrario, hace pensar que fue cobardemente «defenestrado» en la cárcel de Jerez de la Frontera.

La información de «Madrid», inspirada, naturalmente, por la policía, señalaba que Moreno Barranco se encontraba «detenido pendiente de las diligencias que se instruían para aclarar sus actividades subversivas» y que, «aprovechando un descuido del vigilante, se arrojó de cabeza al patio de la prisión». Da a entender, por otra parte, que el infortunado Moreno Barranco era —como suele hacerse con todo adversario del régimen— comunista, y que sólo los comunistas se han preocupado de remover el caso fuera de España. Así, pues, al crimen se añade —una vez más— el embuste calculado y asqueroso.

En realidad, el joven poeta Moreno Barranco, aun cuando frecuentaba los medios anarquistas, no tenía más significación definida que la de antifranquista. Simplemente por eso, por haber manifestado su oposición al régimen en distintas composiciones poéticas, fue —como tantos otros en condiciones semejantes— empujado por la ventana. El trágico fin del poeta no admite duda, puesto que días antes —según prueba una carta de la propia víctima— ya había sido advertido de lo que le esperaba por un funcionario de la misma prisión, que, tras increparle furiosamente, le dijo: «A ti no te salva ni Dios.»

Así ha sido.